

Reseñas de Libros / Book Reviews

Chomsky, Noam, *Poder y Terror. Reflexiones posteriores al 11/09/2001*. Barcelona, RBA, 2003, 155 pp.

Por José Francisco Tino Martín-Peña
(Universidad Rey Juan Carlos)

El libro, su propio título, parte del proyecto cinematográfico de tipo documental de John Junkerman en 35mm titulado *Power and Terror. Noam Chomsky in our times*. Una producción del año 2002 que por lo tanto conoce de los acontecimientos tras el 11 de septiembre como fue la decisión de invadir Afganistán por parte de los Estados Unidos de América, pero que no abarca los hechos siguientes, de los cuales el más notable es la guerra con Irak, la caída del régimen de aquél país y los problemas derivados de la ocupación que actualmente vivimos.

En el libro, se resalta la incansable agenda diaria del lingüista Noam Chomsky, actualmente más conocido por su activismo político que por las importantes aportaciones de sus investigaciones en el campo de la gramática y de la psicología humana. Chomsky se convirtió en conocido investigador, a raíz de sus críticas a la obra de Skinner a finales de los años cincuenta. Para Chomsky la construcción gramatical del lenguaje es demasiado compleja para ser aprendida tan fácilmente y con tan pocas referencias (a los dos años la mayoría de los niños construyen el lenguaje). Chomsky plantea que es innata al ser humano, que puede reconocer la gramaticalidad de una oración sin necesidad de entenderla. Este planeamiento, que demostró con distintos experimentos, abrió nuevos campos de trabajo entre otros en psicología cognoscitiva y en antropología.

Pero para el gran público decir actualmente Noam Chomsky es señalar un activista político claramente posicionado en contra de la política exterior de su país, los EEUU, y representa por ser un norteamericano fiel y un científico reconocido, la voz de muchos de los ciudadanos del mundo que no se han dejado llevar al huerto

de los "bienpensantes". Este término lo utiliza el propio Chomsky para agrupar al conjunto de personas que de buena o mala fe y por diferentes motivaciones apoyan la actual política exterior norteamericana de lucha contra el terrorismo internacional, la última bestia negra del "mundo libre", una vez que la guerra fría terminó. Hay algunos autores, como el francés Jean-François Revel, desde una posición ideológica distinta, que explica como esta "guerra contraterrorista" no es más que el último acto de la misma obra, la propuesta de "seguridad colectiva" que se inicia en 1919 con Wilson y seguirá con Truman y Roosevelt en 1945.

Chomsky en el libro -que recoge entrevistas, fragmentos de discursos y debates realizados dentro de los propios EEUU-, se retrotrae a sus primeros años de activismo político cuando se manifestaban primeramente frente a la guerra del Vietnam para reconocer, que dentro de los Estados Unidos se viven posiciones por gran parte de la población, desde puntos de vista psicológicos y sociales, similares a los de aquellos años. Recuerda como manifestaciones pacíficas (con mujeres y niños) debían ser protegidas por la policía para no verse literalmente apaleadas por sus compatriotas que los tildaban de comunistas o antipatriotas. No eran los momentos finales, donde gran parte de la sociedad americana percibía lo irracional de aquella guerra, sino en los primeros momentos. Aquellos compatriotas suyos con una visión diáfana sobre lo que representaba ser "buen americano", son para él los mismos que han dejado de plantearse una mínima interrogación sobre el porqué de los actos terroristas suicidas, para caer en posiciones dogmáticas de buenos contra malos, sencillas, y similares a los años aquellos. Peor criterio personal tiene para los que actúan hipócritamente, los que ven "la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio", para aquellos que aún sabiendo el tipo de actos cometidos por la política exterior americana, no obtienen otra conclusión que la de sentirse además extrañados del "odio frente a América".

Chomsky señala con datos y documentos las razones profundas de los acontecimientos del 11 de septiembre, más allá de la simple visión de un grupo de enloquecidos terroristas, una visión que fue similar para muchos ciudadanos norteamericanos y que como mejor expresión visual pueden resumirse en la escena del film *11/09/01 September 11* (2002) donde el director y actor Sean Penn plantea la escena del anciano neoyorquino -que interpretaba el actor Ernest Borgnine- como ve por primera vez entrar la luz en su casa al derribarse las Torres Gemelas, tan cercanas a su viejo apartamento, que le tienen sumido en la oscuridad. La alegoría es implacable, especialmente teniendo en cuenta, y este es un valor incuestionable de la sociedad americana, que la crítica surge de ellos mismos. Para Chomsky la política exterior de los EEUU no se diferencia en nada -con el valor multiplicador que representa la actual capacidad tecnológica y casi el don de la ubicuidad de sus acciones-, de la de otros poderes imperiales a lo largo de la Historia o de las acciones contra los seres humanos practicados por otros países en el pasado o en el presente cercano. El poder con estas pretensiones obligatoriamente utiliza el terror para perpetuarse y lograr sus objetivos. Los EEUU se computan como un imperio que utilizará medios diplomáticos, militares o su poder económico y tecnológico a través de sus empresas y que al final, si es necesario, recurrirá a cualquier otro medio para lograr mantener sus intereses. No es frase de un norteamericano, sino de un conocido político inglés, Disraeli cuando señalaba que "prefiero los derechos de los ingleses a los derechos del hombre", expresión que la administración Bush, como otras muchas pueden suscribir sin problemas. La culminación final es además saber resaltar el dato que les interesa y callar deliberadamente lo que les delata. Como excelentes conocedores de los medios de comunicación saben que lo que no es noticia no existe. Así la ley del más fuerte impera y el futuro nos aleja de formas de resolver conflictos e intereses. Es curioso que la desinformación de la población es argumentación utilizada para aquellos que explican las razones del antiamericanismo y al mismo tiempo del proamericanismo.

Para Chomsky en este modelo hay un conjunto de oportunistas adherido, como rémoras del gran tiburón: son aquellos que de paso apoyando iniciativas de los EEUU pretenden conseguir alcanzar sus propios intereses: los británicos casi no cuentan por su cristalina posición en estos temas, los turcos, polacos, rusos y españoles

(más bien el gobierno actual de España) pueden representar a los oportunistas. Chomsky dedica una línea a España. No la desvelo al futuro lector. Desde mi punto de vista un detalle de análisis superficial, fruto con seguridad del desconocimiento de la verdadera realidad española, y que no es otra que la se asienta en las a veces difíciles de ideas de desentrañar del actual presidente de la nación española. Hay voces recientes que relacionan el diáfano posicionamiento español con las tesis de la administración de Bush con la anhelada búsqueda de una alternativa de alianza ajena a Europa, lo que nos mantiene en la tradición antieuropeísta de la derecha española. Acontecimientos como el conflicto sobre "Isla Perejil" han debido alentar en los dirigentes españoles en política exterior y a los mandos militares con responsabilidades políticas en esos planteamientos, así como en pretender incorporar el acervo de la experiencia española en la lucha contraterrorista frente a ETA como un elemento de valor añadido para luego ser correspondidos en la misma. El Presidente español siempre que puede refleja la idea de "que el terrorismo es igual en cualquier parte".

Después de leer el libro -del que queda un regusto metálico en la boca-, surgen algunas conclusiones: es evidente que el poder absoluto trata de mantenerse utilizando cualquier medio legítimo o ilegítimo. No nos descubre nada nuevo. Pero antes era todo más fácil. El mundo y sus ciudadanos es cada vez más complicado para la masacre. Demasiados ojos, demasiados debates, demasiadas cadenas alternativas a los medios controlados por formas diferentes que, desafortunadamente para el poder, presentan visiones y análisis alternativos, diferentes, que ofrecen imágenes no deseadas para mantener el aliento de los "bienpensantes". Demasiado internet y la posibilidad de comunicación directa entre los ciudadanos.

Porque en este tercer acto de la "seguridad colectiva", si se siguen cometiendo atrocidades por parte de los que ostentan el poder, y EEUU tiene una importantísima parte del mismo en el escenario mundial, difícilmente vamos a poder evitar que una noche cualquiera de un viernes, una joven universitaria se arregle cuidadosamente para salir a cenar a cualquiera de los numerosos restaurantes de los "bienpensantes", y como ropa íntima incorpore un cinturón de explosivos destinados a autoinmolarse y matar de paso a muchos ciudadanos, la gran mayoría o todos inocentes

por completo de las actuaciones de sus gobiernos. ¿Qué hacer ante tanta locura inhumana?

Chomsky reclama precisamente la responsabilidad final individual frente a los hechos del momento. Al final -señala- las responsabilidades ponderadas individualmente cuentan en una semisuma. Los ciudadanos de los países democráticos tienen una inmensa responsabilidad de acabar con este sistema de cosas. Ellos pueden, por la protección de sus leyes y de la libertad de que disfrutaban, expresarse abiertamente contra este mundo que se nos quiere seguir imponiendo. Los ciudadanos de los países democráticos no pueden callar, porque el que calla otorga. Chomsky no otorga.

Cobo Romero, Francisco, *Conflicto rural y violencia política*. Jaén, Universidad de Jaén-Universidad de Granada, 1998, 381 pp.

Por José Luis Gutiérrez Molina
(Universidad de Cádiz)

El mundo rural ha sido, y es, objeto de estudio desde los más variados prismas de las ciencias sociales. Desde el clásico estudio de Díaz del Moral en la década de los años veinte, hasta el reciente volumen fruto de las jornadas *La historia de Andalucía a debate* que se celebran en Granada. De entre todos los aspectos, quizás sea la cuestión del conflicto y la violencia la que más ha llamado la atención de los investigadores. En este sentido el trabajo de Francisco Cobo tiene el acierto de recoger ambos términos en su título, además de abarcar el periodo cronológico de la primera mitad del siglo que acabamos de abandonar. Durante largo tiempo, hablar del problema de la tierra en Andalucía equivalía a hacerlo de sus comarcas latifundistas o de las acciones de los *rebeldes primitivos* de los que nos habló Eric Hobsbawm. Afortunadamente, desde hace ya años, esta imagen ha ido desapareciendo, y se ha matizado, incorporando la gran variedad de regímenes de propiedad y situaciones que conforman las comarcas andaluzas. Sobre todo si se presta atención a las coyunturas en las que la conflictividad adquirió especial protagonismo. Ni todos los propietarios andaluces eran grandes latifundistas, ni los campesinos eran sólo jornaleros sin tierras. De forma que, la asunción de los cambios que sufrió el mundo agrario andaluz durante la primera mitad del siglo XX

no tuvo una respuesta similar en la campaña gaditana que en el mundo rural jienense.

Gracias a estudios locales, como este de Cobo, conocemos hoy mejor la sociedad rural andaluza. Hoy disponemos de extensos repertorios bibliográficos, como los disponibles en el propio trabajo de Cobo o el ya citado de González de Molina, que alcanzan gran parte de las comarcas de la región. Queda por hacer, pero el estado de la cuestión en poco se parece al de hace dos décadas. Además, las perspectivas de los estudios y metodologías han sufrido también una radical transformación. Aunque sea con desigual resultado, ya disponemos de muchas, y mejores, informaciones sobre la estructura social del campo andaluz, que ha puesto en cuestión la radical separación entre jornaleros y campesinos; sobre los cambios socio-ambientales y las causas y modalidades de la protesta agraria, que han arrojado nuevas luces sobre la disolución del Antiguo Régimen, la reforma liberal agraria o la formación de una nueva estructura de la propiedad; sobre la transformación de la economía rural, coloreando y animando la foto en blanco y negro y fija de un sector atrasado en el que los propietarios no tenían presente siquiera su rentabilidad.

Así pues, el trabajo de Francisco Cobo no es un oasis en el desierto. Forma parte de un esfuerzo por conocer mejor un elemento cardinal de las señas de identidad de Andalucía. Buena prueba es el propio hecho de que *Conflicto rural...* incluya no sólo novedosas aportaciones sino también una nueva elaboración de trabajos anteriores. De forma que nos proporciona un panorama mucho más completo e incluso, lo que se agradece entre tanta complacencia, autocrítico con las posiciones mantenidas con anterioridad por el propio autor. Actitud que relega a un segundo plano algunos desajustes formales del libro. Como, por ejemplo, el del diferente sistema de cita para unos capítulos y otros. Mientras que en el primero, por ejemplo, se utiliza el textual, en el quinto se prefiere el norteamericano sin que ninguna causa aparente - o por lo menos yo no he sabido verla - lo justifique.

Pero escuálidas serían las reflexiones que proporciona este libro si se agotaran en este reparo formal. Por suerte no es así, sino que los planteamientos que Francisco Cobo presenta son los suficientemente sugerentes para suscitar preguntas y dudas. En definitiva para enriquecer nuestro conocimiento. Así por ejemplo, no tengo

tan claro su puesta en cuestión de la existencia de un proyecto revolucionario de aquellos sectores que se mostraron reticentes con la república parlamentaria, o la contundencia de su afirmación sobre los extremos beneficios de la legislación laboral reformista de los años treinta utilizados como arma de *clase*. Como tampoco que, per se, estas reformas legislativas supusieran una seria amenaza para los grandes propietarios ni que el poder municipal de los años 1936-1939 en la zona revolucionaria pueda ser identificado con la unidad administrativa, o que el gubernamentalismo de la UGT resultara más eficaz que las prácticas del anarcosindicalismo que, finalmente se convirtió en un fenómeno urbano.

En los años treinta existía un proyecto revolucionario en España, con el que se puede estar de acuerdo o no. La mejor prueba de su existencia fue que, en julio de 1936, hizo fracasar un golpe de estado convirtiéndolo, en amplias zonas de la nación, en un proceso revolucionario. Desde nuestra perspectiva actual podremos tener una visión positiva o negativa de él, pero no creo que la mejor fórmula para conocer nuestro pasado sea negarlo. El proceso colectivista que Cobo analiza, aunque no alcanzara la definición ideológica que en otras regiones, no es sino muestra de la presencia de un modelo alternativo de estructurar la sociedad que no era ni el democrático republicano ni el totalitario de los sublevados.

Si en algo coinciden los críticos coetáneos del régimen republicano español es en denunciar el escaso alcance de sus reformas. Mucho más se esperaba de sus gobernantes. En este sentido, la legislación social del primer bienio aunque tuvo su influencia en las relaciones sociales y económicas del mundo agrario no creo que satisficiera completamente las aspiraciones de jornaleros y campesinos. Así nos lo indican al menos otros trabajos. Como el de Fernando Sígler para la provincia de Cádiz. Diferente perspectiva que nos indica, al menos, la diversidad de las respuestas campesinas que nos deben de prevenir contra el riesgo de generalizar, como anteriormente se hizo.

Como tampoco dar carácter definitivo a las modificaciones del mapa sindical de la región de los años treinta. No era la primera vez que se producía una redistribución de la presencia ugetista y cenetista entre los trabajadores andaluces. En esta ocasión incrementada por la presencia socialista en el gobierno. Aunque es

menospreciar la actividad anarcosindicalista si se le reduce a un estéril revolucionarismo. La lucha por el dominio del espacio sindical se centró en las herramientas para encauzar los conflictos. Hecho al que no es ajeno la concepción de la finalidad de la organización obrera: ocupar o destruir el estado. En ambos casos la mejora de las condiciones salariales, laborales y el control de la contratación tuvieron su papel. El trasvase de sociedades federadas, la radicalización de unos y las rectificaciones tácticas de otros nos presentan un panorama más complejo que no creo posible identificar en exclusiva con una determinada opción. Ni siquiera con el uso legislativo desde los ayuntamientos y nuevos organismos gubernamentales creados.

La situación de la primavera de 1936, creo, así nos lo indica. Tras cinco años de régimen democrático el péndulo parecía que había vuelto a 1931. Pero no era así. Muchas cosas habían cambiado. Las fuerzas políticas estaban más estructuradas, incluyendo las de derechas, y sus alianzas habían cambiado. El anarcosindicalismo no había sucumbido ni a sus fracasos insurreccionales, ni a la presión del socialismo gubernamentalista. La pacatería reformista se veía desbordada por los jalones de sus fracasos: mantenimiento del concepto de paz pública como orden público, trasfondo, por ejemplo, de los sucesos de Casas Viejas y su impacto en las elecciones de finales de 1933; la identificación del socialismo con la república de los trabajadores y su quiebra con la preparación revolucionaria de octubre de 1934, tras su ominosa expulsión del gobierno un año antes.

Los historiadores siempre tenemos la tentación de trasvasar nuestros valores a las actitudes y acciones que analizamos. Hecho que trasciende nuestras propias concepciones sociales. Nuestras construcciones siempre serán puestas en cuestión. Su coherencia, honradez y capacidad de uso de los instrumentos de los que disponemos la mantendrán más o menos. Pero nunca podremos decir que sobre un tema hay algo definitivo, que fue así y no de otra manera. El pensamiento, por fortuna, no es algo único. Como tampoco lo son sus producciones. El gran valor del trabajo de Francisco Cobo es que, desde una determinada posición, es el resultado de una ardua tarea de años de dedicación. De investigación rigurosa, una y otra vez elaborada, una y otra vez sometida al tamiz de las propias dudas. Algo que se nota en las casi cuatrocientas páginas de *Conflicto rural y violencia política*.

Un instrumento que se nos antoja tanto más valioso no solo por el periodo temporal analizado, sino también por la inclusión del estudio de la etapa de consolidación del régimen de los vencedores e la guerra que asoló al país durante casi tres años. Hoy, cuando comenzamos un nuevo siglo empieza a revisarse qué supuso el franquismo para la sociedad española. No es ocioso en estos momentos que se nos recuerde, como hace Cobo, su responsabilidad en las modificaciones demográficas, la persistencia de penosas condiciones de vida y la virulenta represión que buscaba la aniquilación de quienes se habían atrevido -desde la posición que fuera: reformista, socialdemócrata o revolucionaria- a poner en cuestión el orden rural tradicional.

Colacrai, Miryam (ed.), *Relaciones Internacionales. Viejos temas, nuevos debates*. Rosario, Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario, 2001, 203 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

La necesidad de las Relaciones Internacionales en un mundo de entorno cambiante y acelerado desarrollo es incuestionable. Esta disciplina científica, nacida tras la I Guerra Mundial y desarrollada como medio de evitar los errores que condujeron a este conflicto, asiste hoy al igual que en sus primeros pasos a la disgregación de imperios y Estados, a la aparición de fenómenos y entes extraeuropeos en la escena mundial, a una época de incertidumbre en lo cultural y científico y a la consolidación de nuevos sistemas de producción que auguran el nacimiento de una nueva economía.

Pero actualmente y como se declara en el prefacio del libro, las Relaciones Internacionales no cuentan con la misma vitalidad que en tiempos anteriores. La disciplina había quedado "congelada" por la focalización excesiva en los puntos candentes del enfrentamiento entre el bloque capitalista y socialista, ignorando los avances de otros campos del conocimiento humano como la Sociología, la Economía y sirviéndose de la Historia como simple refrendo para sus propias teorías, a su vez condicionadas por el modelo de acción política que ofrecían las dos superpotencias.

Pasando al ámbito español, es de destacar que siguiendo a la creciente participación española

en el concierto actual de naciones, las Relaciones Internacionales gozan de más atención e interés por parte de los académicos y el público en general, como atestigua el mayor número de publicaciones de esta temática que sale a la luz cada año. Y que en cuestiones teóricas tiene como destacados representantes a Esther Barbé, Celestino del Arenal, Paloma García Picazo y otros muchos que desde los ámbitos de las Ciencias Políticas, Economía y el Derecho intentan aportar sus reflexiones a la formación de un pensamiento común sobre los pasados y presente sistemas internacionales. Una diversidad que, recogiendo el ejemplo del presente caso, el argentino, es muy saludable si tenemos en cuenta, durante demasiado tiempo se ha tachado a las Relaciones Internacionales de fenómeno intelectual exclusivamente anglosajón, lo que ha posibilitado el predominio de las tendencias y metodologías investigadoras británicas y norteamericanas en la conformación de las principales escuelas teóricas.

Este libro pretende jugar, como diría Salvador de Madariaga, con el hecho de que se nos venda vino viejo en odres nuevos y vino nuevo en odres viejos. La temática de los cinco capítulos en que está dividida la obra en su mayor parte responde a preocupaciones clásicas del pensamiento en relaciones internacionales (la naturaleza del poder, el papel del Estado, opciones para una sociedad universal, el Estado y las Relaciones Internacionales) pero abordándolas desde las reflexiones más recientes. Todo ello siendo conscientes del momento actual, en que es necesario establecer un diálogo interdisciplinar para enriquecer el patrimonio común de conocimientos y técnicas, y un diálogo entre las distintas corrientes de las Relaciones Internacionales, clarificando las raíces conceptuales de cada una de ellas, tarea muy útil cuando el eclecticismo confuso y oportunista es la norma.

En definitiva, este libro, fruto del ambiente de trabajo y logros científicos del Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario, va a afrontar cuestiones que siendo habituales en su disciplina, cobran mayor relevancia que nunca en un mundo donde se asiste a las transformaciones de las bases de lo que hasta ahora se había conocido: el poder ya no es exclusivamente el puño militar, debiéndose atender a cuestiones como la capacidad de negociación en las organismos internacionales o la capacidad de preparación de una economía para las necesidades de la nueva revolución

científico-tecnológica; el Estado-Nación está puesto en duda por su incapacidad de resolver los problemas del nuevo milenio y no ser el ente político representativo adecuado de la nueva voluntad comunitaria que parece aglutinarse por razones culturales, religiosas, étnicas...; el sueño de crear una sociedad cosmopolita y justa, favorecida por los adelantos tecnológicos de la aldea global, está siendo constantemente torpedeado, sobre todo por los nuevos factores de cohesión antes mencionado, resultando de ello un ambiente dominado por la violencia, el terror o el miedo a ambos, ya sea por el fantasma resucitado de la guerra interestatal en la vieja Europa, ya por la nueva dictadura del terrorismo o por la mezcla, confusa y aterradora, de ambos fenómenos. Por último, el diálogo entre Historia y Relaciones Internacionales es particularmente oportuno, ya que les permite medir sus armas entre sí en unos momentos de reorganización epistemológica y metodológica de ambos conocimientos.

En el primer capítulo, se relatan los principales hitos en la concepción del poder en las Relaciones Internacionales, uno de los nudos gordianos en los debates de las distintas escuelas. Ante todo, la reflexión sobre el poder no va a hacerse desde los hábitos e intereses de los centros del mismo. La periferia, como es apreciable en la nueva realidad de este nuestro presente, goza de unos mayores recursos de presencia y actuación en las múltiples instancias del poder. Ya no se puede hablar de victoria absoluta e indiscutible, fundamentalmente a través de medios militares, porque la complejidad de la sociedad actual y el cálculo racional de costos y beneficios obliga a limitar los objetivos a una ganancia acotada y medida. Los tiempos de la hegemonía han pasado para ser sustituido por los del liderazgo, si observamos la dispersión de las jerarquías en cada una de las áreas temáticas (Estados Unidos, gran potencia militar pero de un déficit crónico y una balanza comercial desfavorable; la Unión Europea, gigante económico y enano político...). Lección muy útil si tenemos en cuenta la actitud unilateralista estadounidense a raíz de los sucesos del 11 de Septiembre. El poder no puede ser medido a través de factores cuantitativos sino que ahora se valoran los aspectos cualitativos de su ejecución.

Es así que el poder se ha difundido entre los múltiples actores de la escena internacional, se ha difuminado al no ser atributo de una única instancia (la militar según los pensadores de la

escuela realista), goza de una naturaleza más heterogénea y ha mutado en sus formas al presentársele nuevos instrumentos de los que se puede valer. El poder no es igual a control absoluto sino que ha devenido en influencia y capacidad de persuasión.

El poder es ante todo imagen, el concepto que se tiene de él y la credibilidad del que lo posee ante el resto de la comunidad internacional (ya no compuesta por los atributos del paradigma estatócentrico). Más que de un equilibrio de poder, hay que hablar de un equilibrio de las amenazas. De ahí que haya que introducir la distinción entre poder "duro" y "blando". El primero respondería a nuestra imagen tradicional, que descansa en los pilares de la coerción y la violencia; mientras que el segundo se cimenta en la persuasión y la fuerza de la ideología, recurriendo a la cultura, la comunicación de ideas, medios de comunicación, intercambios culturales, cine, producción intelectual... Es un concepto que Estados Unidos domina tan bien como el primero (no en vano Irving Kristol comentó que los misioneros del presente viven en Hollywood).

Otro aspecto a reseñar es que ningún ente, potencia del actual sistema internacional tiene suficientes recursos para encabezarlo sin compañía. El tremendo esfuerzo de las maniobras que hay que hacer en los distintos frentes de la globalización exige la búsqueda de socios que compartan el peso de la carga. El poder cooptivo es por tanto la capacidad de búsqueda de aliados y apoyos para las decisiones tomadas por cada Estado. Decisiones que eso sí no han de abandonar los preceptos elaborados por los realistas de búsqueda de la seguridad y la riqueza.

Por último, la periferia, apoyándose en las bazas de la proliferación de las armas de destrucción masiva, su vitalidad demográfica, sus recursos naturales, la existencia de organismos supranacionales, la división en el centro del sistema y nuevas ideologías movilizadoras (el fundamentalismo religioso, principalmente) cuenta con una mayor capacidad de maniobra que le permite influir en las decisiones de los "grandes". El metapoder es el concepto que resume la nueva posición de unos países que no parecen contentarse con una periferización permanente.

El segundo capítulo, dedicado al Estado y con grandes puntos de contacto con el primero, empieza con la descripción del llamado "Estado westfaliano", el primero en el que se encuentran los atributos del Estado moderno y del principal agente en las relaciones internacionales hasta hoy. Un Estado nacional, soberano y con capacidad de diálogo con el resto del sistema del que forma parte. Una construcción que aunque reconocida como histórica y por tanto, temporal, por sus más ardientes defensores, los partidarios de la escuela realista, sigue siendo el eje conductor de los asuntos mundiales a pesar de su pérdida de protagonismo en el mundo actual. Se presenta así la contradicción entre la "edad de oro" del Estado y su presente "edad de hierro". Puede entonces, según los neorealistas (Waltz, Gilpin), que en este siglo XXI sus rasgos hayan cambiado para dar paso a una nueva forma (imperio, ciudad-estado, Estado moderno, Estado-nación) pero seguirá siendo un subproducto del molde original de una concepción de la política y de las relaciones humanas dominada por la anarquía y el enfrentamiento entre comunidades. Pero por otra, tal y como sostienen los críticos del actual modelo de Estado-nación, puede que haya dejado de ser funcional en el nuevo escenario histórico. Una economía dominada por el brainpower, la información y el conocimiento deja de estar sometida a los imperativos del territorio. Un producto es fabricado a lo largo de todo el planeta, convirtiéndose las fronteras en estorbo más que en elemento de orden y regulación. A su vez, el mercado y las complejidades de la nueva economía alejan a los planificadores y agentes estatales de la toma de decisiones; los principales centros de producción se conectan siguiendo las directrices de las multinacionales y no de los Estados soberanos.

Se ha levantado el acta de defunción de la guerra: la extensión de la marea democrática (recordando el viejo adagio de que las democracias no se hacen la guerra); el alto precio del uso de las ADM (armas de destrucción masiva); la interconexión económica del sistema que haría poco beneficiosa una guerra.... El Estado debería reconvertirse para afrontar los nuevos peligros de la inmigración, tráfico de drogas, problemas medioambientales, terrorismo... Y es incapaz de ofrecer un mito movilizador con el mismo atractivo que la religión o la raza. Así que el Estado es una institución "hueca", que sólo existe por un protocolo y la inercia en los asuntos humanos, estando próxima su extinción y que es

constantemente superada en los límites superior (organizaciones supranacionales) e inferior (unidades regionales/locales) de la pirámide administrativa. Nuevamente se resalta la importancia de la identidad y la percepción del medio para la buena salud de los Estados y de los avances en su construcción (o reconstrucción). Es de máxima prioridad reforzar entre las capas ciudadanas la sensación de que el Estado sigue siendo una "marca de éxito".

Otra opción es que más que hablar de la larga vida o muerte del Estado, se tenga que discutir sobre la oportunidad o no de determinadas estrategias que han condicionado la acción de los Estados. Puede hablarse de dos familias de Estados: los territorialistas y los comerciales u oceánicos. Los primeros se basarían en la conquista de territorios y el recurso militar como principales componentes de su discurso internacional. Los segundos, en el comercio y la diplomacia para su extensión a lo largo de todo el planeta. Los primeros no podrían adaptarse al proceso de mundialización; los segundos sí.

Esto trae en consecuencia que habría que aclarar de quién hablamos cuando tratamos el tema de la muerte del Estado. La Antigüedad asistió a la convivencia de variadas formas de organización política, algunas de las cuales demostraron su viabilidad y otras no. Por tanto, cuando se habla de neomedievalismo (Alain Minc) se ha de dilucidar a qué regiones del planeta se ha aplicar tal calificativo (muy útil la clasificación de la autora en países supersoberanos, de soberanía funcional, mínima y negativa. Estos dos últimos entonces estarían cercanos al umbral de desintegración del Estado que se predice a medida que se extienda y consolide la globalización).

Finalmente, se acepta la necesidad de normalizar el uso y analizar el significado de nuevos términos que van a tener gran importancia en el estudio del futuro sistema internacional: Frontera (y no sólo la territorial, sino las del desarrollo/subdesarrollo económico, las religiosas, culturales...), Estado-Región (del que la UE es un ejemplo destacado) y las SOAs o cúmulo de esferas de autonomía (movimientos sociales, ONGs, organismos locales/regionales...). Entonces queda propuesto el debate entre la opinión de un Estado necesario por el crédito de su pasado, del poder de sus instituciones, del papel rector en la economía (el MIT japonés) y en promoción de la I+D, en la

cultura y sistemas educativos... y aquellos que lo ven como un "gestor", "intermediario" o "institución hueca", nunca como protagonista exclusivo o agente principal de las relaciones internacionales. Como principal conclusión, es evidente la ruptura del paradigma estatocéntrico.

En el tercer y cuarto capítulos se analiza el pensamiento de algunos de los principales filósofos (Hobbes, Kant, Habermas, Rawls) cuya obra contribuye a la reflexión de cómo es posible una "sociedad internacional" cosmopolita, justa y pacífica. Un objetivo promovido por el proceso globalizador. La mundialización obliga a la reflexión a los Estados y al resto de agentes políticos a pensar en una comunidad humana universal en tanto instancia última del desarrollo humano. Reconociendo la imposibilidad de un Estado-mundial a corto y medio plazo, el fortalecimiento de los ideales de paz y justicia es el único camino efectivo y deseable. Un camino que ha de hacerse reconociendo la diversidad cultural del mundo, alejándose de prejuicios etnocentristas. Y reconociendo la diversidad de Estados y formas de organización política que han de ser respetados siempre y cuando respeten unos principios básicos de comportamiento y relación. De ahí que se prefiera hablar más de sociedad de pueblos que de Estados. Es el Estado para Hobbes el medio por el que salimos del estado de guerra que la naturaleza impone pero al mismo el agente perpetuador del enfrentamiento entre las distintas unidades políticas que habitan el planeta.

Superar esta contradicción, convirtiendo al Estado en los guardianes de la preservación de la paz y de la especie humana, es el objetivo de la filosofía ilustrada y liberal. La moral y la razón han de ser los guías en ese viaje de constante progreso que reconciliará a toda la Humanidad creando a la par una unidad dentro de la diversidad.

La guerra, en tanto no se llega a la meta final, será aceptada siempre y cuando sirva para la defensa de los Derechos Humanos. Nunca como un arma discriminadora de los Estados que no compartan todo el programa de los pueblos liberales. Así los "pueblos decentes no liberales" serán admitidos en el concierto universal de pueblos. La persuasión será el instrumento con el que se desarrolle la democracia y la convivencia la característica definitoria del sistema internacional en tránsito a una sociedad global. Por tanto, ambos capítulos aunque de

autores distintos están unidos por el hecho de compatibilizar por medio de Rawls los ideales kantianos en un mundo cultural diferenciado y en donde el sueño totalizador de la ilustración europea se ha visto detenido. Sin embargo, se echan de menos referencias a la situación actual de estas teorías en el discurso legitimador de las recientes intervenciones militares, las maniobras políticas en los organismos internacionales y cómo pueden llevarse a cabo tales principios en un mundo dominado cada vez más por las tentaciones del irracionalismo y por una falta de confianza en el diálogo.

En el quinto y último capítulo, se aborda el diálogo entre la Historia y las Relaciones Internacionales a lo largo del siglo XX y cuál es el escenario para la continuidad de sus contactos en el mundo de la postguerra fría. Hay que partir de una situación de distanciamiento. La formación y la estructura académica obligaba al enfrentamiento entre los politólogos y los historiadores. Esta fractura se ahondaba por el predominio anglosajón en las Relaciones Internacionales y su particular concepción de la Historia y las Ciencias Sociales (el "behavioral political scientists" frente a la influencia francesa de Annales y la renovación historiográfica de principios del siglo XX).

La Historia era concebida como un archivo donde se depositaban las pruebas que el especialista en Relaciones Internacionales recogía para testar las teorías que como científico social su formación posibilitaba. El historiador se alejaba del ideal científico por la manipulación política, su interés en la anécdota, su fijación en el acontecimiento, la imposibilidad de explicar, predecir y prescribir, incapacidad para cuantificar y reglamentar de acuerdo al canon de construcción de una ley científica sus conocimientos... En suma, el historiador era un mero técnico de laboratorio que ejecutaba las órdenes de los hombres de la bata blanca.

El panorama actual augura una relación normalizada y fructífera entre la Historia y las Relaciones Internacionales. Nos encontramos en un mundo donde la complejidad de los fenómenos a estudiar va en aumento, la racionalidad de la materia y sujetos a estudiar se admite como parcial y la nueva ciencia postula una sustancial disminución del determinismo y de las prácticas dogmáticas, la oportunidad de acercar las dimensiones temporales del pasado, presente y futuro hasta converger en un todo

único y el reconocimiento de la difusa separación entre acción y estructura, continuidad y cambio, sincronía y diacronía, posición estática y dinámica...

Las Relaciones Internacionales buscan savia nueva que permitan revitalizar su tronco adormecido por el largo sueño de la Guerra Fría. La Historia, inmersa en un profundo debate desde hace años, parece que está saliendo del purgatorio del renacer decimonónico y fija objetivos de mayor ambición y acordes con las preocupaciones del resto de la comunidad científica y en general de la sociedad. Es por tanto inevitable que ambas disciplinas presten una mayor atención a los puntos de contacto donde el intercambio puede resultar beneficioso.

En suma, es este libro una obra colectiva de profunda utilidad para introducir al lector en algunos de las discusiones que dominan el panorama actual de una rama del saber social en creciente auge. Su labor de compilación en cada uno de los capítulos de las principales tendencias no oculta lo valioso las sugerencias de debate y de ahondamiento del análisis y permite que el interesado en la materia haga las pertinentes conexiones con las cuestiones de mayor interés del mundo de hoy.

Cuenca Toribio, José Manuel, *Historia y actualidad. Clío en la posada*. Madrid, Actas, 2002, 402 pp.

Por Alejandro Román Antequera
(Universidad de Cádiz)

José Manuel Cuenca Toribio nació en Sevilla el 1 de enero de 1939, actualmente es el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba, y uno de los más prestigiosos y el más prolífico de los historiadores de su generación, como demuestra su extensa obra, de la cual este libro forma parte, en la que ha abarcado cuestiones de diversa índole sobre la historia de España y Universal, lo que le valió en 1982 el Premio Nacional de Historia de España (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte) por su trabajo *Andalucía, historia de un pueblo*. Además es miembro de número de la Real Academia de Córdoba, así como de las Reales Academias de la Historia, Ciencias Naturales y Políticas y de la de las Buenas Letras de Sevilla.

Este libro representa una de las facetas del trabajo del autor, cómo es su habitual

colaboración con los medios de comunicación, en especial con la prensa local, regional y nacional, que le valió en 1985 el Premio José María Pemán de periodismo - Unicaja. Aunque esta recopilación de sus mejores artículos se centra en el período comprendido entre 1987 al 2001, aparecidos en *La Vanguardia*, el *Diario de Córdoba*, *ABC*, *Las Provincias*, *Ya...* Estos textos componen un testimonio vivo y directo de la sociedad de nuestro tiempo de la mano de una de las mejores plumas del panorama historiográfico hispano, sirviendo para aproximarnos a temas y acontecimientos de interés en nuestro país y en el contexto internacional en el transcurso de los últimos quince años, ofreciéndonos también la oportunidad de seguir la evolución del autor con el paso del tiempo y su experiencia vital, permitiéndonos adquirir nuevos enfoques sobre asuntos de suma trascendencia en nuestra historia reciente a través de su opinión.

La forma en que se encuentran estructurados los artículos responde a una división en cuatro bloques temáticos, de extensión variable en cuanto al número de trabajos, referidos a reflexiones sobre la historia, la identidad nacional española, el pasado más reciente de España y nuestro papel en el mundo, que abordan diferentes aspectos incardinados entre sí por una serie de principios básicos reflejo del pensamiento de Cuenca Toribio, que ya aparecen en el primero de los bloques, siendo una constante en el resto, a pesar de la variedad de cuestiones tratadas.

El primero de los bloques se denomina "Historia y reflexión del presente", poseyendo una extensión mínima en comparación con los otros tres apartados, es sin embargo en el que el autor asienta las principales ideas que dan cohesión al conjunto de artículos, estableciendo una serie de axiomas que todo historiador debería seguir: la búsqueda de la verdad; el compromiso; el mantenimiento de la objetividad con análisis imparciales, sin olvidar el componente subjetivo inherente a la labor de cualquier estudio; la función reivindicativa de justicia de la historia, que en pocas ocasiones da frutos a causa del dominio de los vencedores sobre las fuentes; el rigor...

Otra vertiente de estos primeros artículos consiste en la denuncia por parte del autor de algunos de los vicios de la sociedad española actual, de los que muchos tienen una larga tradición: el sectarismo; el mal uso de la

historia; la falta de preparación de las clases políticas en historia, lo que acarrea un gran déficit a su actuación; el olvido actual de la historia en la vanaglorización del presente, algo común a todas las épocas, pero que alcanza cotas más preocupantes que nunca en ésta, con la edificación de mitos con personajes de escasa valía, poniendo de relevancia de nuevo la injusticia histórica. En definitiva, queda clara la vocación de crítica social, característica insoslayable para cualquier aprendiz del oficio de Clío, patente con el ejemplo dado por Cuenca Toribio en estos escritos.

Posteriormente, el segundo capítulo, "España, esencia y existencia", se enfoca hacia la identidad nacional española, mostrándose ferviente partidario de la unidad en el seno del estado de las autonomías. Señala el deterioro sufrido por el nacionalismo hispano generado por la dictadura franquista, causante de la identificación del mismo con fascista, algo muy alejado de la realidad, e impulsor del ascenso fulgurante de los nacionalismos periféricos. Indica que el camino para solucionar esta situación es la eliminación de los sectarismos con una política de reconciliación, similar a la ejecutada en Francia, un país que España debería imitar en varios puntos de cara a su mejora, cómo se observa en su constante mención en otros artículos con dicha función.

Plantea que el único medio de salvación para la identidad de nuestro país es una apuesta decidida por Europa, integrándonos plenamente en la estructura supranacional de Maastricht, de la que nos encontramos alejados irremisiblemente sino conseguimos eliminar algunas lacras características, representadas en la falta de planificación y organización. Para lo cual se deben conjugar los mejores rasgos antiguos y modernos de nuestra sociedad, creando una nueva imagen que de crédito a España. Paralelamente la emprende contra vicios enquistados que también dificultan en gran medida la convergencia europea, al ser provocadores de tendencias malsanas imposibilitadoras de cualquier avance: hipocresía, falta de reconocimiento de los méritos ajenos y los errores propios, el sectarismo -por la politización de todos los espectros sociales-, envidia... frente a las cuales sólo héroes anónimos han luchado denodadamente salvando a la nave del naufragio, a pesar de las trabas y la marginación de que han sido y serán objeto, según el autor,

por las escasas opciones de cambio de estas líneas de conducta de la sociedad española.

El siguiente grupo de artículos están agrupados bajo el nombre de "España, su pasado más reciente", donde el hilo conductor es la historia actual española, como el propio título marca. Se sigue la secuencia cronológica dictada por los acontecimientos históricos desde la II República al actual gobierno del Partido Popular, definida por los hechos de mayor interés de esos instantes. En primer lugar realiza una llamada a la reconciliación nacional al hablar sobre la Guerra Civil, el Franquismo y la Transición, poniendo a esta última fase como modelo a seguir, ya que sino se hubiese llevado una política de conciliación los problemas hubieran sido graves; además reitera la idea de la imparcialidad en el análisis, con el conocimiento de todas las fuentes, ampliando el número de perspectivas, impidiendo más fácilmente la creación de bandos en pugna, como sucedió durante la II República, de la que crítica a sus actores por su falta de perspicacia para evitar la división en dos facciones.

Después comenta la actividad del gobierno socialista, que valora positivamente en su conjunto, atendiendo a la reforma del ejército ejecutada por Narcis Serra, muy necesaria y llevada a cabo con gran precisión en los primeros mandatos del PSOE; al tema de las humanidades, olvidado en la formación de buena parte de los políticos nacionales; el aperturismo cultural, que resulta incoherente por la marginación de hombres de gran calidad por su ideología, pero en menor medida que anteriormente; y, la corrupción descubierta a finales de la época socialista, el gran lastre de su actividad, que el autor nos recuerda es una repetición minimizada del período franquista. Por último aparece una crítica mordaz de la derecha española, a la que a finales de los ochenta observa sin cuadros de nivel, para pasar con Aznar a rechazar su actitud beligerante, mantenida en la caza al hombre de los últimos años en el poder de González, e incluso en el primer mandato gubernamental, acostumbrados a la oposición, que en pocas ocasiones fue constructiva, y que pervivió en la actitud agresiva con relación al caso Gescartera, olvidado por la opinión pública. Atravesados estos artículos con la inserción de semblanzas sobre algunos personajes de relevancia, que suelen ser tratados con bondad, en especial en el caso de Felipe González, y volviendo a reseñar

la hipocresía de la sociedad hispana, incapaz de reconocer la labor de sus figuras más excelsas.

La última sección titulada "España y el mundo actual" afronta el papel español en el contexto internacional, iniciándose con las relaciones con Iberoamérica, el área de expansión tradicional, al calor del quinto centenario del Descubrimiento, reflexionando sobre la necesidad de la unidad española y la comunión de intereses con el continente iberoamericano para el resurgimiento. A continuación posa su visión en las relaciones con el mundo árabe, al que ataca por su fanatismo religioso, centrándose en el problema del Magreb y la inmigración, donde debemos seguir el ejemplo galo de asimilación, solucionando de este modo la cuestión demográfica, tan preocupante en occidente. Se menciona el contencioso de Ceuta y Melilla, en el cual adopta una actitud contraria a su conservación, alegando que hay que ser coherentes, para así conseguir Gibraltar de los británicos. Luego acusa al fanatismo religioso como factor fundamental del atraso del mundo musulmán, clamando por Turquía, país donde no se produce, pero que corre el riesgo de caer en él por la falta de ayuda occidental.

Continúa con los puntos de máxima tensión de los últimos años en el mundo islámico, al margen del tema palestino, cómo son la primera guerra del Golfo, en la que es contrario a la falta de participación española, dadas las tropelías de Saddam Hussein y la importancia en la configuración de un nuevo orden internacional, que queda cambiado con el 11 de septiembre, en la que guiándose por la doctrina del choque de civilizaciones de Huntington, demuestra su preferencia por un occidente vacío, antes que por el fanatismo islámico.

Los últimos artículos se aproximan a la cuestión de la caída del comunismo soviético, al que Cuenca Toribio critica su falta de libertades, atendiendo a la balcanización del último estado imperial, las elecciones de los años noventa, las diferencias de carácter del pueblo ruso con respecto al occidente europeo, su incierto futuro, clave para el futuro del mundo... Pasa a las relaciones españolas con Portugal, repitiendo la idea mencionada con Iberoamérica, pero aumentada, al ver la necesidad de una mayor unidad interna, para obtener fortaleza de cara al proceso de unidad europea. Atiende después a los procesos electorales alemán y francés de la década pasada, defendiendo en el primero de los casos a la figura de Köhl, comparado con

Bismarck, elogiado por su decidido europeísmo, del que era el principal timonel en esa fase; mientras que de Francia nos describe el panorama político existente, mostrando especial interés por la crisis gubernamental generada por la actividad del primer ministro A. Juppé. Por último, Cuenca Toribio focaliza su mirada inquisitiva en la figura de Clinton, comparado con F.D. Roosevelt, y en recordarnos la importancia de China actualmente, olvidada tras el 11 de septiembre; finalizando con un resumen del siglo XX español del que destaca el fin de la sociedad rural a mediados de centuria, la secularización y la normalización del acceso a la cultura.

En resumen, José Manuel Cuenca Toribio ejecuta un recorrido por los principales temas de los últimos años a través de esta selección de sus colaboraciones periodísticas en prensa local, regional o nacional, donde la lectura amena de las mismas permite acercarnos a sus ideas, la evolución de su pensamiento, un testimonio de gran valor para aquél que quiera conocer lo sucedido en el siglo XX, especialmente en España, y algunos principios básicos establecidos en sus líneas.

Hardt, Michael; Negri, Antonio, *Imperio*. Barcelona, Paidós, 2002, 432 pp.

Por Jesús María Fernández García
(Universidad de Cádiz)

Imperio es sobre todo una apuesta arriesgada, se trata de una obra que pretende nada más y nada menos que explicarnos el mundo en el que vivimos. Partiendo de una visión multidisciplinar que enfoca el actual sistema político internacional desde la Filosofía, la Sociología, la Ciencia Política y la Historia, los autores pretenden realizar un análisis global. Un análisis que se remonta hasta la Edad Moderna para rastrear las líneas básicas que han ido configurando la evolución de las estructuras políticas internacionales, hasta llegar a una nueva etapa que Hardt y Negri llaman Imperio, en la que nos encontramos ya inmersos.

En sus propias palabras: "El Imperio se está materializando ante nuestros ojos. Durante las últimas décadas, a medida que se derrumbaban los regímenes coloniales, y luego, precipitadamente, a partir de la caída de las barreras interpuestas por los soviéticos al mercado capitalista mundial, hemos asistido a una globalización irreversible e implacable de

los intercambios económicos y culturales. Junto con el mercado global y los circuitos globales de producción surgieron un nuevo orden global, una lógica y una estructura de dominio nuevas: en suma, una nueva forma de soberanía. El imperio es el sujeto político que efectivamente regula estos intercambios globales, el poder soberano que gobierna el mundo".

La obra está estructurada en 18 capítulos divididos en cuatro partes bien diferenciadas: *La constitución política del presente*; *Las transiciones de la soberanía*; *Los pasajes de la producción*; y *Decadencia y caída del Imperio*. Y un breve capítulo a modo de Intermezzo llamado *El Contraimperio* entre la segunda parte y la tercera. Los Capítulos de la primera parte son un análisis del sistema en que vivimos, del Imperio, como nueva fase en la Historia de la humanidad. Las partes segunda y tercera, constituyen el grueso de la obra y se dedican a argumentar la génesis y evolución del sistema hasta la situación actual, retro trayéndose fundamentalmente a la Edad Moderna, pero con frecuentes incursiones en la Edad Media y el mundo clásico, todo para contar la historia del tránsito desde la modernidad a la posmodernidad, desde el imperialismo al imperio. Finalmente la cuarta parte es un intento de identificar las posibles alternativas que los movimientos sociales plantean ya o plantearán pronto al sistema de dominio actual.

El intento de explicación de la genealogía del Imperio, como sistema de dominación, tiene como eje central, sobre todo en la segunda parte, la noción de soberanía, su evolución desde los comienzos de la Edad Moderna, unida a la creación y desarrollo del Estado-nación hasta ahora, momento en el cual esta soberanía del Estado-nación está en decadencia y es sustituida por una nueva soberanía, unida a la idea de Imperio. "Nuestra hipótesis básica consiste en que la soberanía ha adquirido una forma nueva, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por una única lógica de dominio. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos "imperio".

Este concepto de Imperio, se diferencia claramente del colonialismo y el imperialismo que han marcado la historia universal en los últimos dos siglos: "La soberanía del Estado-nación fue la piedra angular de los imperialismos que construyeron las potencias europeas a lo largo de la era moderna. No

obstante, lo que hoy entendemos por "imperio" es algo por completo diferente del "imperialismo". Esta diferencia está marcada fundamentalmente por la forma en la que se ejerce el poder, el imperialismo marcaba un territorio que era dominado desde un centro administrativo, económico y financiero, pero los autores sostienen que "En contraste con el imperialismo, el imperio no establece ningún centro de poder y no se sustenta en fronteras o barreras fijas. Es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio que progresivamente incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión". Es difícil dilucidar si esto es ya así, habida cuenta de que aún existen centros de poder que controlan ciertas áreas de influencia que se pueden identificar territorialmente, como EEUU respecto a Latinoamérica por ejemplo, pero si es claro que la tendencia a la descentralización y la desterritorialización parecen hoy día inevitables. El monopolio de la fuerza, la regulación del dinero y el control de las comunicaciones son los tres factores que hoy determinan el poder a nivel global. Se ha operado por tanto una transformación fundamental: "Desde el imperialismo al imperio y desde el Estado-nación a la regulación política del mercado global, lo que hemos estado presenciando -desde el punto de vista del materialismo histórico- es un paso cualitativo dentro de la historia moderna".

En línea con esta concepción de imperio: "Estados Unidos no constituye -y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy constituir- el centro de un proyecto imperialista. El imperialismo ha terminado. Ninguna nación será un líder mundial como lo fueron las naciones europeas modernas". Es cierto que las formas de dominación han cambiado y quizás EEUU no pueda imponerse de la misma forma en la que lo hicieron sus predecesores en la hegemonía mundial, pero es claro que esta hegemonía es un hecho y es ejercida de forma cada vez más evidente. El nuevo orden tiene una serie de formas de poder descentralizadas, los centros de poder económico, las nuevas formas de relaciones a nivel global, etc. pero el poder de la fuerza, el poder militar lo ejerce aún un Estado-nación, EEUU, y lo hace fundamentalmente en beneficio de empresas multinacionales, pero de sus empresas multinacionales, las que tienen su base en EEUU.

Los autores se muestran convencidos de que EEUU proyecta no un sistema imperialista, sino un sistema imperial que se ajusta a lo que ellos definen, pero aunque es cierto que las formas clásicas de imperialismo están desfasadas, a veces, y más en los últimos dos años, parece que EEUU sigue intentando ser una potencia imperialista. Puede que estemos viviendo los últimos estertores del imperialismo, ya que operaciones como las de Afganistán e Iraq, aún con las diferencias evidentes, no dejan de recordarnos insistentemente, por los motivos que llevan a la intervención, las formas de justificarlas y sus resultados de ocupaciones prolongadas, al colonialismo e imperialismo clásicos, aunque Washington intente disimular su discurso bajo el manto de la democracia, algo que al fin y al cabo también hacían las potencias anteriores recurriendo a la religión o la civilización. No son estas ocupaciones con pretensiones de eternizarse, sino de sustituir regímenes enemigos por gobiernos manejables. No es, como evidentemente no puede ser, un imperialismo clásico, pero sí utiliza ciertas formas del imperialismo, algunos de sus métodos, como se ha visto en los últimos dos años, sobre todo a raíz del 11-S, por lo que, creo que no debemos descartar tan pronto el imperialismo y sus formas como totalmente desfasados.

Sin embargo es lógico que los autores no tuvieran esta precaución ya que el libro es del año 2000, por lo que faltan en el análisis el 11 de septiembre y sus consecuencias: la potenciación de la agresividad en la política exterior de EEUU, hasta el punto de que puede llevar a una ruptura del sistema internacional heredado de la guerra fría, EEUU parece dispuesto a sustituir este sistema por la unilateralidad de su potencia militar, creando conflictos con el resto de los bloques de poder mundiales, sobre todo con la UE, Rusia y China, ¿Adónde nos llevará esta nueva forma de actuar de la hiperpotencia? Hacia una hegemonía total aceptada por el resto del mundo; a la reproducción de los enfrentamientos entre potencias de finales del s. XIX y principios del XX que llevaron a la primera guerra mundial; o al colapso de la hegemonía estadounidense abriendo el camino hacia un nuevo orden multipolar basado en el derecho internacional y la diplomacia, como sería deseable.

Además del análisis, la obra se preocupa de hacer especial hincapié en las formas de resistencia al sistema, dando un toque de

optimismo y de esperanza en el futuro: "El imperio que se nos presenta hoy produce enormes poderes de opresión y destrucción, pero esta realidad de ningún modo debería hacernos sentir nostalgia por las antiguas formas de dominación. El paso al imperio y sus procesos de globalización ofrecen nuevas posibilidades a las fuerzas de liberación. [...] Las fuerzas creativas de la multitud que sostienen el imperio también son capaces de construir autónomamente un contraimperio, una organización política alternativa a los flujos e intercambios globales".

La obra termina con una llamada a la lucha, a que las multitudes se organicen y exijan lo que para los autores son objetivos clave de la lucha por la justicia en estos momentos: el derecho a la ciudadanía global, como forma de acabar con los nacionalismos y las fronteras en la línea del internacionalismo proletario; el derecho a un salario social, como ingreso garantizado para todos; y el derecho a la reapropiación, sobre todo de los medios de producción. Tres objetivos clave que transformarían el mundo que conocemos y sufrimos actualmente.

Se esté de acuerdo con los autores en la totalidad del análisis, en parte o en nada, es innegable que la obra respira vida y espíritu de lucha, no pretende sólo ser una disección del mundo, sino que, y esto constituye su mayor valor, es una llamada a la movilización, a la lucha contra la injusticia y por un mundo más justo y mejor.

Howson, Gerald, *Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil Española*. Barcelona, Península, 2000, 450 pp.

Por Roberto Germán Fandiño Pérez
(Instituto de Estudios Riojanos)

El trabajo realizado por Gerald Howson reúne varias condiciones que resultan de gran interés para el estudioso de la Historia. La primera de ellas es una irreprochable y laboriosa labor de búsqueda e identificación de fuentes que le permite narrar lo que hasta hace bien poco era un aspecto apenas conocido de la guerra civil española, como muy bien reza el subtítulo del libro.

La minuciosidad con la que el autor ha seguido el rastro de cada uno de los intentos del Gobierno republicano destinados a procurarse armas con las que combatir la rebelión del ejército, apoyada desde el primer momento por

las potencias fascistas, es digna del mayor encomio. Pero aún lo es más que consiga que esta meticulosidad no se traduzca en una farragosa acumulación de datos y cifras que sometan al lector a una pesada enumeración de modelos y marcas de armas haciéndole desistir de la lectura, abrumándole con un aluvión de referencias técnicas que de muy poco han de servirle.

Muy al contrario, la obra cautiva el interés del lector desde sus inicios como muy pocos libros, que tratan en apariencia sobre un tema tan áspero como el comercio de armas pueden seducir, y a este respecto me viene a la memoria una de los ensayos de ese gigante de la Historia europea que fue Carlo Maria Cipolla y que en su ensayo *Cañones y velas* trataba de relatar como el progreso técnico en armas y barcos fue decisivo a la hora de configurar la hegemonía política en la Edad Moderna.

De la misma forma que el gran maestro italiano, Howson se esfuerza en mostrarnos como, lo queramos o no reconocer, para ganar una guerra no sólo es suficiente el entusiasmo y el coraje de todo un pueblo, sino que también es necesario contar con buenas armas equipadas con sus pertrechos e infraestructuras, factor aún más importante en el terrible siglo XX que acabamos de dejar atrás y que, como bien se ha encargado de aseverar Eric Hobsbawm, se ha caracterizado por un progresivo pero irrefrenable descenso hacia la barbarie. Este paulatino deslizamiento hacia los horrores de los campos de exterminio y de la amenaza atómica encontró resguardo en una intensa utilización de la propaganda como legitimadora de la brutalidad, la crueldad y la inhumanidad.

La relevancia de este aspecto también es puesta de relieve por Gerald Howson cuando muestra como la batalla de la República española se libró también de forma vehemente en la prensa y en las cancillerías y embajadas, remarcando la importancia del golpe asestado al Gobierno republicano con la defección de la mayor parte del cuerpo diplomático al bando nacional. La propaganda aparecía así en los umbrales de los años treinta como una de las armas más efectivas y dañinas, así lo demuestra el episodio del libro en el que se narra como ciertos bulos creados por ella impulsaron aún más la ayuda decisiva de la Italia fascista a la España de Franco.

El hecho de que muchos de los diplomáticos traicionaran al Gobierno que los había nombrado se suma a la percepción de que éste actuó con verdadera ingenuidad y torpeza en los momentos iniciales de la contienda. Uno de los ejemplos más flagrantes de esto último fue que Nuñez Prado, uno de los mejores aviadores con que contaba la República, fuese enviado a Zaragoza para convencer al general Cabanellas de que abandonara la rebelión. Nuñez Prado fue detenido y ejecutado y el avión en el que había llegado quedó en manos de los nacionales. La República perdía de esta forma a uno de sus mejores aviadores en un tiempo en el que existía la creencia generalizada de que las guerras se iban a ganar o a perder desde el aire, cuestión que no puede echarse en saco roto si tenemos en cuenta la inferioridad de la aviación republicana respecto a la nacional desde el inicio del conflicto.

De este modo, llegamos a una de las conclusiones que pueden extraerse del libro de Howson que no es otra que la de la inferioridad técnica y numérica de la República frente al bando nacional desde un principio. Partiendo de esta base, la obra estudia detalladamente las peripecias y rocambolescas tramas a las que tuvieron que enfrentarse los republicanos para conseguir armas de países como Francia, Inglaterra, Polonia o Rusia. El denominador común de todas ellas fue siempre el intento, por parte de los traficantes de armas y de las autoridades que avalaban las operaciones, de enriquecerse a costa de la acosada democracia española. Siendo este el *modus operandi* habitual de los comerciantes de armas Howson matiza la extendida acusación que se ha vertido sobre los líderes republicanos de ser completamente ineficaces e ineptos a la hora de intentar conseguir las armas, pues como se demuestra a lo largo del ensayo, éstos no tuvieron otro remedio que recurrir al contrabando internacional. Este mundo, copado por negociantes y estafadores de la peor calaña, no era el más apropiado para personas como Fernando de los Ríos, que conocía más bien poco el ámbito de los negocios y nada o casi nada el de las armas.

Lo cierto es que mientras los franquistas recibieron ayuda de los países del eje en armas, logística e infraestructuras para que éstas pudieran estar siempre a punto, así como unas excelentes condiciones de precio reforzadas con una gran flexibilidad crediticia. Muy al contrario, los republicanos tuvieron que soportar

las evasivas de las que entonces se consideraban potencias democráticas que culminaron con un embargo de armas conculcador del derecho internacional al violar el principio de que todo país soberano pueda defenderse de las agresiones contra su Gobierno legitimado por las urnas.

Lo único que no acepta discusión es que este embargo propició que las armas que llegaban a España, cuando llegaban, eran pagadas por adelantado a precios abusivos que en muchos casos superaban el cincuenta por ciento de su valor y sin ningún tipo de garantías. Esto le vale al autor para poner en cuestión algunos de los tópicos que a menudo aparecen en la historiografía sobre la guerra civil española, como el de que los aviones franceses fueran inferiores a los italianos o los alemanes. No lo eran en absoluto y su fracaso en España se debió sobre todo a que llegaron a la península sin armas y sin un equipo apropiado de pilotos, instructores y mecánicos que garantizase su perfecto funcionamiento.

Por si esto fuera poco, a través de la lectura del libro podemos perfectamente comprobar como a la venalidad demencial característica del tráfico de armas hubo que sumar el confusionismo aportado por aquellos que a título individual o representando a grupos políticos opuestos como el PCE o la CNT actuaban al margen del Gobierno sin conocer nada del comercio de armas y, la mayor parte de las veces, ni el idioma en el que debían hacer los tratos por lo que eran estafados con facilidad. Además, se dio en más de una vez la paradoja de que pujaban por el mismo lote de armas que ya había sido requerido por las autoridades republicanas, lo que dejaba las manos libres a los contrabandistas para aumentar el precio desconsideradamente.

Pero este fue sólo uno de los pocos aspectos en el que la República española se vio abandonada y esquilada por quienes se presentaban como los abanderados de la democracia en Europa y el mundo. Una prueba más de ello fue el funcionamiento del Comité de No Intervención al que Howson no deja de calificar como una gran farsa o el suministro ininterrumpido de petróleo al bando nacional por parte de compañías angloamericanas como Texaco, decisivo para mantener viva la máquina bélica que arrasó por completo la democracia en España.

De todos los países que se habían negado a vender armas a la República española, el caso de Francia era el más difícil de entender debido a su gobierno de Frente Popular. Las páginas que Howson le dedica resultan de gran valor para comprender mejor la postura francesa que respondía fundamentalmente a tres factores: la presión exterior a la que se vio sometido el gobierno de Blum por países como Gran Bretaña, la propia y virulenta oposición interior en Francia, en la que jugó un importante papel la prensa católica de derechas, y por último, la situación en la que se encontraba inmersa la industria armamentística francesa, sometida a un proceso traumático de nacionalización y convulsionada por huelgas constantes que cuestionaban su capacidad competitiva con la productividad alemana o italiana en caso de que estallara un conflicto abierto.

El segundo proveedor de armas de la República fue la Polonia gobernada por los coroneles de *Renovación Moral*, un movimiento afin a Franco, que intentó financiar el rearme polaco deshaciéndose de sus equipos obsoletos y viejos mediante el lucrativo negocio de venderlos al Gobierno español. El colmo de los tratos con esta nación fue que la mayoría de los traficantes que hicieron de agentes para la sociedad creada con el fin de vender armas a España (SEPEWE) eran filofascistas o nazis, lo cual explica que gran parte de los cargamentos llegaran saboteados o no llegaran.

Así arribamos a una de las cuestiones más sugerentes que toca el autor a lo largo de su obra que es la de la naturaleza de la ayuda soviética a la democracia española. Howson pone los pilares para una nueva interpretación de este problema al demostrar que las armas enviadas en 1936 fueron en su mayor parte viejas, obsoletas y en desuso. Piezas de museo que resultaron aún más inútiles si tenemos en cuenta que en su mayor parte fueron enviadas sin munición. La investigación pormenorizada sobre la ayuda soviética demuestra además que ésta fue mucho menor de lo que normalmente se ha venido considerando y además que la URSS estafó a España con los precios mediante bizantinas artimañas con el tipo de cambio. Todo ello se producía bajo la falsa apariencia de unos descuentos en la compra de armamento que eran inmediatamente recuperados, y con creces, al establecer los tipos de cambio.

Aunque los capítulos dedicados a la antigua URSS resultan muy reveladores, toda la obra

muestra las enormes dificultades a las que tuvo que enfrentarse la democracia española para conseguir armas con las que defenderse, así como la gran cantidad de naciones a las que tuvo que recurrir para conseguir un armamento deficitario y en muchas ocasiones desfasado. Todo ello explica también la gran variedad de armas que se utilizaron en la guerra española, así como el uso frecuente de armamento de fabricación casera cuyo manejo comportaba un gran riesgo. Todos estos testimonios contribuyen a hacer más grande a nuestros ojos el esfuerzo y la tenaz resistencia que la democracia española opuso a la feroz guerra desatada por los franquistas y sus aliados fascistas y nos lleva a poner en cuestión algunas de las afirmaciones que tradicionalmente se han venido aceptando sin ninguna reserva. Así, cabría preguntarse si el ejército popular constituido, encarnado en la figura del miliciano y de las Brigadas Internacionales, no hubiera podido aprovechar el empuje de su entusiasmo para desempeñar una tarea eficaz si hubiese estado bien pertrechado y armado. Esta reflexión, a la que nunca encontraremos respuesta por tratarse de un contrafactual, resulta aún más legítima si tenemos en cuenta que, como Howson demuestra en su libro, los primeros oficiales comunistas que se suponía iban a profesionalizar y disciplinar el ejército republicano hicieron gala de un grado notable de ineptitud, como bien fue reconocido por el propio Negrín.

La conclusión con la que se remata este estudio impecable y redactado con un estilo vivo y de gran agilidad es que hoy por hoy es necesario replantearse la afirmación, aún vigente en muchos libros y manuales, de que la intervención extranjera no alteró decisivamente el equilibrio de fuerzas en la guerra civil. El autor revela con suficiente rotundidad que esta idea se ha nutrido de datos y cifras totalmente falsos lo que le lleva a sostener que así queda abierta una vía de investigación que afectaría a la guerra civil y a cada una de sus batallas.

Por último, el libro nos invita, partiendo del pasado, a reflexionar sobre nuestro propio presente para cuestionarnos por el peso que hoy día puede tener el tráfico y venta de armas en el desarrollo de conflictos a los que asistimos en directo desde las pantallas de nuestros televisores sin parar a preguntarnos si éstos serían posibles si otras naciones no los aprovecharan para enriquecerse con el mortal comercio de armamento.

Kaku, Michio, *Visiones: cómo la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI*. Madrid, Debate, 1998, 484 pp.

Por Rafael Gómez Sánchez
(Universidad de Sevilla)

Si existe un elemento común a los finales de siglo, aparte de los recurrentes mitos catastrofistas y mesiánicos, es la gran proliferación de publicaciones de distinta categoría intelectual dedicadas a describir cómo serán los tiempos venideros.

En el grupo de libros encargados de realizar un ejercicio de prospectiva, con los niveles de seriedad y rigurosidad deseables, se encuentra el volumen que nos ocupa. Kaku nos presenta un trabajo basado en la opinión de un importante número de científicos, principalmente estadounidenses, acerca de los escenarios más posibles en los que la tecnología, en sus distintas vertientes -informática, biotecnología y física aplicada-, podría desarrollarse en los próximos cien años y, con aquélla, la Humanidad misma.

Hasta ahora, el campo más espectacular de la revolución científico-tecnológica, en cuanto a velocidad de progresión, ha sido el de la computación. En los últimos años, la informática se ha convertido claramente en el elemento tecnológico que vertebra la sociedad de la información; pero detenerse exclusivamente en analizar las manifestaciones más comunes de esta disciplina en la actualidad, la ofimática y la telemática, bien podría llevarnos a obviar el concepto realmente revolucionario de esta tecnología: "el ordenador ubicuo".

Evitando caer, en el marco de lo posible, en el mundo de la ciencia-ficción, y más allá de cualquier especulación de carácter futurista, no cabe duda del carácter universal del ordenador, verdadero protagonista de la "revolución informática". Hoy en día el más simple electrodoméstico contiene circuitos con una capacidad de cálculo varios órdenes de magnitud superior a la de los primeros ordenadores, el término *chip* se ha popularizado y su uso es aceptado universalmente como condición fundamental de progreso; además, la relación tamaño-velocidad-precio evoluciona favorablemente impulsando la implantación global de esta tecnología.

Después de una fase, como la que vivimos, donde las principales actividades humanas están estrechamente ligadas a la informática en cuanto a almacenamiento y flujo de información --es decir, un tratamiento pasivo de la información--, el autor propone una siguiente etapa donde el papel de las máquinas evolucionaría hacia la gestión racional de dicha información. Pero no se detiene en el campo de los sistemas expertos o la inteligencia artificial, sino que también plantea su interacción con otras disciplinas, como la mecánica, la biología o el arte, dando lugar a otras nuevas, ya emergentes, como la robótica, la biónica o la realidad virtual.

El ordenador no sólo será un elemento omnipresente en tiempos venideros, sino que irá teniendo cada vez mayor capacidad de influir activamente en el desarrollo de las demás actividades humanas.

Uno de los proyectos científicos que más pasión e interés mediático despierta hoy en día es el Proyecto Genoma. Los resultados en cuanto a cumplimiento de plazos, generalmente adelantándose a las fechas previstas, están siendo espectaculares. No es casualidad la ingente aplicación de tecnologías de la computación, en diversas vertientes, que se está realizando. El ordenador ubicuo se reafirma como tal.

La "revolución biomolecular", el segundo campo del conocimiento tecnocientífico que propone Kaku, es tan importante como la de la informática; de hecho autores como Manuel Castells sugieren una revolución de la tecnología de la información que engloba a ambas, puesto que la biotecnología se basa en la decodificación, manipulación, y eventual reprogramación de los códigos de información de la materia viviente.

Sueños, como encontrar remedios a las peores enfermedades, aumentar la longevidad o mejorar la calidad de vida --en términos de salud--, empiezan a ser una realidad: tan sólo hemos de comparar la esperanza de vida actual con la de hace un siglo, o el número de terapias conocidas ahora respecto a entonces. El autor plantea, teniendo en cuenta todos los conocimientos que están por venir, la posibilidad de extrapolar tal tendencia a los próximos cien años para, a continuación, advertirnos de los riesgos de un excesivo optimismo.

En efecto, la humanidad jamás ha sido eficiente en la aplicación de los conocimientos provenientes de la ciencia: tómense como ejemplo aquellas miopes políticas sanitarias, claramente influenciadas por una voraz industria químico-farmacéutica, que han causado la proliferación de agentes patógenos resistentes, cada vez en mayor medida, a los medicamentos tradicionales. La panacea bien podría encontrarse en el estudio del genoma, tanto humano como de virus y gérmenes, pero también es necesaria su aplicación coherente y científica, más allá de simples criterios económicos o empresariales.

La biotecnología no sólo se limita a la medicina, sino que abarca aplicaciones como las tecnologías agroalimentarias, control de plagas, equilibrio de ecosistemas e, incluso, proporcionarnos las bases para una biblioteca genética de animales y plantas en equilibrio de extinción. Manipular genes, jugar con las bases de la vida, clonar, crear nuevas especies, o mejorar la nuestra --en definitiva, adaptación a los nuevos entornos medioambientales--, son retos que, de seguro, plantearán no sólo debates éticos sino un antes y un después en nuestra manera de ver el mundo, cada vez más acuciado por la presión demográfica, la superpoblación y el cambio climático. La superación tecnológica de limitaciones medioambientales es en buena medida la crónica de la historia natural humana.

Si podemos cambiar un gen, ¿por qué no una molécula más pequeña?, ¿por qué no un átomo o una partícula subatómica? La tercera revolución, la cuántica, es la mejor tratada por el autor debido a su formación como físico.

Los grandes aceleradores de partículas son poco más que inmensos imanes conectados a superordenadores pero ¿cuánta información nos están dando! Estamos descubriendo no sólo los ladrillos que forman la materia, sino el tejido que conforma el Universo mismo. La "revolución cuántica" es la tercera gran herencia que recibimos del siglo XX, un Santo Grial que nos promete energía limpia, nuevos medios de transporte y comunicación y, por supuesto, ordenadores más baratos, rápidos y pequeños. El círculo vuelve a cerrarse.

La revolución cuántica comenzó abriendo las puertas a las otras dos revoluciones que hemos tratado: los componentes electrónicos, que permiten el tratamiento de la información, se basan en efectos cuánticos; muchas tecnologías

para el estudio molecular de los genes, también. Ahora que empezamos a conocer los secretos del Cosmos, de lo muy grande y de lo muy pequeño; cuando tenemos tan cerca una teoría que lo explique todo en la Física, la Teoría Unificada de Campos, se nos abren nuevas e inimaginables puertas que tan sólo los científicos más arrojados se atreven a sugerir. La nanotecnología, y las innumerables aplicaciones de ejércitos de minúsculas máquinas, planean sobre sus mentes. Las leyes físicas permiten la existencia de esos ingenios que tratan, reparan, modifican o mejoran lo más ínfimo, incluso moléculas: una nueva revolución tecnológica podría estar a la vuelta de la esquina.

Y en la escala de lo más grande, la posibilidad de traspasar, de forma permanente, la última gran frontera: el Espacio. Ingentes cantidades de materias primas nos esperan en la Luna, Marte, los asteroides... será cuestión que la convergencia de las tecnologías antes mencionadas reduzcan los costos de movilidad -viajes espaciales más baratos- y hagan su explotación menos onerosa. Cuestión quizás sólo de tiempo para un planeta necesitado de nuevos recursos.

En el lenguaje de la Física, potencia es la magnitud utilizada para expresar la producción o consumo de energía por unidad de tiempo. El vocablo anglosajón para referirse a potencia, *power*, también significa "poder". El poder de una civilización podría ser medido por la cantidad de energía, en términos físicos, que es capaz de gestionar de manera eficiente. Siguiendo esta secuencia de silogismos, vemos que nuestra capacidad actual, ineficiente a todas luces, nos lleva a concluir que nos encontramos aún en nuestra adolescencia tecnológica. Toda adolescencia es necesariamente una época temeraria llena de cambios, inseguridades, donde se vislumbran los rigores de la edad adulta. El desafío es madurar como sociedad y como especie.

A pesar de los tintes filosóficos de las últimas reflexiones, todo lo que el autor nos sugiere es ciencia aplicada y tecnología, la que habrá de surgir de la ciencia básica, del trabajo de científicos e investigadores. Aún pudiendo ser tachado de utópicas, las predicciones del autor no son más que el reflejo de las posibilidades que a medio plazo presenta la tecnología.

Es innegable el toque *saganiano* que presenta *Visiones*. Todos aquellos que disfrutaron

leyendo *Cosmos*, *Los dragones del Edén* o *Miles de millones* no podrán evitar encontrar evocaciones, a lo largo de esta obra, a los textos divulgativos de Carl Sagan. Kaku, como ya demostró en su primer libro, *Hyperspace*, comparte con aquél -y muchos de nosotros- la admiración hacia el potencial de la ciencia para cambiar nuestras vidas. Que sea para bien.

Lemus López, Encarnación, En Hamelin... la Transición española más allá de la frontera. Oviedo, Septem Ediciones, 2001, 158 pp.

Por Julio Pérez Serrano
(Universidad de Cádiz)

Encarnación Lemus presenta *En Hamelin... la Transición española más allá de la frontera*, una obra que ahonda en una de las vertientes de los estudios sobre la Transición española menos tratada por la comunidad historiográfica. El relato de los hechos, el análisis de los condicionantes y estructuras socio-económicas, el papel de las élites, la movilización y violencia políticas, la gestión de la memoria, la comparación con procesos similares externos... son temas habituales y privilegiados de las investigaciones emprendidas por los profesionales y en general amantes de la Historia. Pero en este breve y a la vez enjundioso libro, se nos muestra el entrelazamiento de todas aquellos campos de interés antes reseñados bajo el prisma de la influencia exterior proporcionada por el sistema internacional que necesariamente es sostén y guardagujas de la dinámica histórica.

Lejos de ser una mera recopilación de datos de política exterior o un simple relato de historia diplomática, la autora usa fuentes de gran valor e interés que proporcionan las pruebas de la vigilancia interesada que desde EEUU y Francia se ejercía sobre el proceso democratizador en nuestro país y esto no le hace olvidar el escribir pertinentes reflexiones sobre el ambiente político doméstico. La pervivencia y el acierto de las tesis proclives al *linkage* en el análisis de las relaciones internacionales están ahí: ambas dimensiones de la acción política de los Estados, interior y exterior, no pueden ser olvidadas si queremos efectuar un cálculo riguroso y coherente sobre los problemas que plantea el estudio del segundo momento de mayor presencia española en la atención mundial durante el siglo XX.

Pero esta aportación de la ciencia política y concretamente de las Relaciones Internacionales, materia cuyo estudio afortunadamente está asentándose en España paralelamente a nuestra consolidación en la escena mundial, no es la única que podemos rastrear en este trabajo que destaca por su manifiesta intención de romper ordenada y razonablemente con los ejes de debate establecidos por las prácticas de la comunidad de historiadores interesados en la España actual. Junto al *linkage*, la autora pone de manifiesto la influencia que tuvo para España y a su vez para el resto de países que buscaron en el modelo continuista ("de la ley a la ley"), encarnado por la experiencia democratizadora ibérica, lo que algunos pensadores como por ejemplo Joseph Nye llaman el *soft power*. Este "poder blando" no descansa en los valores y recursos tradicionales de la gran estrategia -tecnología, economía, fuerzas armadas, población, cohesión social- sino en el emergente activo que es, en esta sociedad de la información donde el oro negro de antaño va siendo sustituido por el conocimiento del porvenir, la cultura. La articulación de la sociedad en el ámbito de la cultura, con sus miles de grupos culturales, cineclubs, teatros, eventos artísticos, foros de debate, publicaciones..., ejercieron de auténtica vanguardia para la reclamación de los derechos y nuevos fines de vida que la obsoleta dictadura franquista ya no podía ofrecerles. Gracias a ellos se comprobó que en ocasiones, aunque contadas, la pluma es más fuerte que la espada. Armados sólo de ideas, de vínculos y contactos sociales, con la única logística de las redes de movilización social y política creadas por ellos mismos lograron ir creando lo que Gurvich llamó los "nichos de resistencia" desde donde fueron sobreponiéndose a los valedores del régimen anterior.

Pero no sólo la cultura sino los medios de difusión de la misma y la *imagen* que ellos contribuyen a forjar son los factores cuyo orden y magnitud pueden alterar el producto. Así "cultura más imagen de entorno democrático" hoy en día equivalen a un estado de cosas estable y legítimo, por tanto homologado para la recepción de las inversiones extranjeras que fortalezcan los vínculos con el orden planetario que en 1975 se estaba empezando a tejer. Es la *receta democrática*, la receta que en los años de la Transición española, tal y como recuerda la profesora Lemus, sirvió para que la administración gubernamental y partidos políticos españoles recibieran la ayuda de

instituciones públicas y privadas del resto del mundo. Un sistema que en la actualidad posee un mecanismo más engrasado, pero que tuvo su primer ensayo en este país. Por tanto, legitimidad y credibilidad están unidos a estabilidad política y prosperidad económica. La mirada del otro cuenta tanto o más que el cálculo exacto del tesorero.

Así pues tenemos un análisis de la Transición española que conjuga en su enfoque estructural la visión interna y externa del proceso. Esta visión bipolar divide la obra en dos partes bien diferenciadas. Y dentro de las mismas, varios debates y planteamientos de discusión van jalonando un conjunto bien trenzado en el que cada una de las partes aporta su justo peso para permitir una comprensión global y sugestiva de todo el contenido.

En la primera parte, abarcando los presupuestos nacionales desde los que podía partir la marcha hacia la democracia en España, la autora zarandea cierta visión *whig* que se ha extendido sobre la dinámica entera del proceso. Es cierto que si nuestra transición a un Estado de derecho es una transición de consenso, y que resultó razonablemente bien en comparación con experiencias anteriores, no por ello está exenta de los problemas que un proyecto de tal envergadura debía inexorablemente sufrir. El miedo y la sensación de actuar sobre un piso inestable que podía ceder a la primera sacudida estuvieron en la mente de todos los agentes y participantes de este fenómeno político. El riesgo calculado es uno de los pilares de la acción política, pero en aquellos días la ausencia o magnificación de los datos podían dar pábulo a las más grotescas desviaciones en el análisis de la realidad política.

Agentes y protagonistas, el segundo debate. Escribió Tolstoi que si tres personas vieran por primera vez una locomotora, uno diría que es el diablo quien la hace marchar, otro que las ruedas y el último tendría al humo de la chimenea como causa del movimiento. De la misma forma, en la Historia, unos han querido ver a los héroes (el diablo) como factores del cambio, otros a las influencias intelectuales (el humo) y finalmente estarían los que creen en las fuerzas que se derivan de otras fuerzas (las ruedas), bien reales y sólidas. En el caso de la Transición española, hasta el momento los "héroes", las impecederas élites de tantos y tantos relatos ahora adecuados a las exigencias de rigor científico, han sido quienes han ocupado la

mayoría de las horas de trabajo de los investigadores. En el caso de esta obra, dando la correspondiente parte de la importancia en el pilotaje del cambio a las élites y cuadros de decisión política, económica e intelectual ya existentes, Encarnación Lemus los sitúa apoyados decisivamente por la labor individual y colectiva de tantos y tantos ciudadanos y organizaciones anónimas que consiguieron sacar al país de la apatía y la desmovilización política fruto de tan largos años de dictadura, ayudando a crear una activa sociedad civil.

Algo muy necesario en unos momentos en los que, en pleno proceso de mundialización, empezaba lo que en palabras de Susan Strange sería la retirada del Estado dejando cada vez mayores cuotas de poder, decisión y responsabilidad a instituciones y colectivos que antes no las poseían.

En la segunda parte, dedicada a la recepción y aplicación en la arena exterior del modelo de transición española, la profesora Lemus comienza señalando la interrelación que existe entre los procesos democratizadores ibéricos. Todo ello en una encrucijada para la política mundial de bloques que se efectuaba en la Guerra Fría. Aunque iniciada la *detènte*, la importancia geopolítica de la Península Ibérica en los cálculos geoestratégicos de Washington (el control de ese vital *chokepoint* que es el Estrecho de Gibraltar; la amplitud estratégica para la retaguardia de la OTAN; las bases; Oriente Medio como foco de conflicto...) hacía a los observadores del gobierno estadounidense especialmente sensibles hacia la situación política de España y Portugal, mucho más con la cuestión del Sáhara y los intentos de Moscú de aumentar su presencia en el Norte de África. Así pues, el panorama mundial como el doméstico basculaba entre el enfrentamiento y la negociación. Del mismo modo, las intenciones estadounidenses hacia España pasaron de ser el principal valedor del régimen franquista a promover una mayor liberalización, que no democratización, si tal incluía al PCE y la posibilidad de un escenario inestable, dominado por el radicalismo anti-estadounidense. Por tanto, reformismo *versus* ruptura.

En cuanto a la aplicación, la naturaleza poco dada a la democracia del subsistema político internacional latinoamericano perjudicó las esperanzas en la transición de Chile. Después de la experiencia española, y con la previa experimentación de que era posible este

tipo de apertura paulatina, Europa y EEUU se lanzan a promover una serie de democratizaciones por sus respectivas áreas de influencia. Los resultados son varios y en ocasiones muy discretos, siendo conocida la década de los 80 para Iberoamérica como la década perdida. En este sentido, y dado lo dificultoso del proceso chileno ("la transición larga", la continuidad en mayor medida que en España del anterior orden de cosas por medio de los "enclaves de resistencia"...), la autora lo ha elegido como referente. Un referente que es la guía para ir descubriendo las variaciones en la aplicación del modelo español, un modelo apegado al continuismo, a la promoción del consenso y la reconciliación, un modelo que parecía prometer la prosperidad económica y el reconocimiento internacional tras años de ostracismo de la comunidad mundial.

Si bien la comparación entre ambos proyectos, con las concordancias y contradicciones entre ellos, es realizada con una profundidad de análisis respetable, las líneas de demarcación estructurales y dinámicas entre ambos conjuntos socio-económicos y políticos los alejan para intentar ofrecer una síntesis razonablemente compacta. Aunque en el final de sus caminos pueden volver a encontrarse debido a cómo el funcionamiento social y económico español de los últimos años parece que va convirtiéndose poco a poco en el sistema neoliberal planeado en el Chile de 1985.

Un hecho ineludible para el resto de sociedades que conforman la periferia, semiperiferia y centro del presente sistema mundial dominado por este evento revolucionario que es la globalización. La tercera ola del progreso humano que allá en los años 70 iniciaba su despliegue acabó afectando a los sucesos políticos tratados en esta obra y a la propia óptica, creo acertada, que la autora elige como medio de desarrollar esa serie de aproximaciones sucesivas que constituyen la Historia. Tenemos por tanto, una obra que toma en cuenta la globalidad e interrelación de los intereses internos e internacionales, la aumentada importancia de la sociedad civil y del individuo, la creciente complejidad de las relaciones sea cual sea su escala y la fricción resultante de ello, la cultura y los medios de comunicación como "árbitros del cambio" para la búsqueda de la legitimidad y credibilidad del Estado y cualquier proyecto político... En suma, *En Hamelin...* es uno de esos buenos libros que,

como decía Voltaire, son los que tienen la virtud de dejar al lector aportar la otra mitad.

Salazar Vergara, Gabriel, Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2000, 3ª ed., 334 pp.

Por Leonardo Mazzei de Grazia
(Universidad de Concepción, Chile)

La trayectoria historiográfica chilena se cimentó en los aportes de los historiadores del siglo XIX denominados clásicos. Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackena y Miguel Luis Amunátegui conformaron la trilogía esencial. Sobre todo sobresale el primero de los nombrados que elaboró una voluminosa *Historia General de Chile* en 16 tomos, que abarca desde la época prehispánica hasta 1833, dando cuenta detallada de los acontecimientos con una metodología erudita, narrativa y positivista que marcó su influencia en las generaciones de historiadores posteriores. Tal historiografía se volcó preferentemente a los temas políticos, bélicos y diplomáticos, dejando en lugar rezagado a los problemas económicos, sociales y culturales. Se trataba básicamente de una historia de la elite, de sus esfuerzos por someter al pueblo mapuche, de sus afanes para lograr la independencia política, de la temprana organización política y de los éxitos bélicos en el exterior.

Sólo en los mediados del siglo XX surgió una vertiente historiográfica distinta. Ésta fue la de los historiadores marxistas, quienes motivados por denunciar las deplorables condiciones de vida en que la clase dominante en unión con el capital extranjero sumieron al pueblo, elaboraron renovadoras e importantes obras de historia nacional. Inauguró esta corriente Julio César Jobet, al publicar en 1955 su *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, en el que desmitificó la historia de Chile poniendo de manifiesto la contradicción existente entre la organización política e institucional alcanzadas y las condiciones de pobreza en que vivía la mayor parte de la población, en un país cuya estructura era semifeudal y semicapitalista. Por su parte, Hernán Ramírez Necochea publicó, entre otras obras, una *Historia del imperialismo en Chile* y la *Historia del movimiento obrero en Chile*, estudiando en esta última los orígenes del

proletariado chileno y su desarrollo, hasta culminar en las grandes huelgas del año 1890, que se propagaron desde el norte minero hasta el centro y sur del país. Los historiadores marxistas, conforme a su opción ideológica, dieron preferencia a la historia del proletariado. A ellos se agregó la labor de otros investigadores que trabajaron problemas de historia social colonial, destacando Mario Góngora, Alvaro Jara y Marcelo Carmagnani.

Gabriel Salazar es heredero del renuevo historiográfico de los mediados de siglo, principalmente de la corriente marxista. Sin embargo, a diferencia de quienes le precedieron con el estudio de la conformación y desarrollo del proletariado, el concepto de pueblo que él trabaja es más amplio que de él hicieron sus predecesores que lo circunscribieron a la lucha proletaria. Ellos se ocuparon de la clase en sí y para sí y "el militante, el partido y el sindicato, fueron, junto a sus crónicas respectivas los atributos definitorios del "pueblo" en palabras del propio Salazar. En cambio, él postula una categoría de análisis diferente para el pueblo como sujeto histórico, identificándolo con los actores populares en su globalidad, cuya historicidad no se agota en las condiciones de explotación capitalista y en las epopeyas reivindicativas de los trabajadores. Analiza la historicidad de los sectores populares antes de que el grueso de ellos fuesen subsumidos en la dinámica capitalista, centrándose en los campesinos que durante el siglo XIX constituyeron la mayor parte de la población del país.

Si bien el estudio que reseñamos está referido a dicha centuria, el análisis de la sociedad popular campesina lo remonta el autor a la época colonial, en especial al siglo XVIII, en que la activación de la agricultura chilena, producto de la corriente exportadora de trigo destinado al mercado del virreinato peruano, ocasionó la conformación de una gran fuerza laboral campesina. Estudios anteriores, por ejemplo *Origen de los "inquilinos" de Chile central* de Mario Góngora, y descripciones de cronistas y viajeros contemporáneos, se habían ocupado del origen y de la precariedad de las condiciones de vida de los inquilinos, originalmente arrendatarios de retazos de terrenos al interior de los latifundios. Esta preocupación contribuyó a reforzar la idea generalmente aceptada de que el inquilinaje constituyó la forma arquetípica y predominante del trabajo campesino. Sin embargo Salazar demuestra que tal institución

agraria fue sólo un ramal de un proceso mayor que denomina campesinización, caracterizado por el desarrollo de una empresarialidad pequeño-campesina.

Los mismos inquilinos fueron productores ("Entre 1720 y 1750 los arrendatarios o inquilinos, eran decididamente productores, esto es, pequeños empresarios agrícolas, dependientes sólo en tanto tenían que pagar un canon de tipo comercial"). Se estableció una suerte sociedad mercantil entre ellos y los patrones, asociación que no tardó en deteriorarse en perjuicio de los socios productivos, mediante expedientes tales como el alza del valor de los cánones de arriendo y el precio decreciente que los hacendados pagaron por el trigo de los productores. De modo que se fue sofocando la capacidad pequeño empresarial de los inquilinos, aumentándose en cambio sobre ellos las cargas peonales y llegándose en muchos casos hasta la expulsión de los terrenos que ocupaban. Así, para el autor la historia del inquilinaje es la historia de un campesinado frustrado.

Menos dramático fue el caso de los labradores independientes, o al menos lograron mantener por más tiempo sus proyectos empresariales. Estos campesinos se situaban al exterior de las grandes haciendas, ocupando "tierras de propios" de las ciudades en calidad de arriendo, o bien adquiriendo tierras por compras y donaciones o, incluso, ocupándolas ilegalmente. Una de las producciones principales que efectuaban era la de verduras y hortalizas para el abastecimiento urbano ("... las viejas ciudades patricias vieron surgir, en sus suburbios, floridos cinturones verdes, compuestos de huertos y chacras de todo tipo..."). A la producción hortícola se agregaba la crianza y tráfico de ganado, la producción de trigo, compraventas de tierras, la vitivinicultura, la fruticultura y el transporte carretero.

Esta economía campesina fue asumida como un esfuerzo productivo llevado a cabo por familias populares, que llegaron a consolidar un proceso de acumulación de bienes, que se constata en los testamentos. Así, por ejemplo, una testadora, doña Elena Contreras, declaró que, por su pobreza inicial, al casarse ni ella ni su marido habían aportado bienes, pero "durante nuestro matrimonio con el dicho mi Manuel compramos 250 cuerdas de tierras y en ellas edificamos una casa y cocina de teja y dos medias aguas la una con techo de paja y la otra de teja...".

Sin embargo la pujante empresarialidad pequeño campesina llegó a su ocaso hacia los mediados del siglo XIX, ahogada por la opresión de los terratenientes, que pudo ejercerse aun cuando estos campesinos laboraban tierras que no pertenecían a las haciendas. Pero los terratenientes eran a la vez los recaudadores de los impuestos agrícolas que el fisco subastaba, principalmente de los diezmos en cuyo cobro eran inflexibles con respecto a los pequeños productores independientes. Eran también prestamistas a quienes debían recurrir estos labradores en demanda de recursos para sus procesos productivos; estos créditos eran concedidos "a tasas usurarias" con el riesgo de perder las tierras, puesto que se otorgaban bajo hipotecas. El autor afirma que el endeudamiento campesino se acentuó en una progresión geométrica. Pesaba también el alza de los derechos parroquiales, cuyo valor llegó a fluctuar entre el equivalente a una fanega de trigo y el de un buey. Se adoptaron medidas que limitaron las posibilidades mercantiles de los labradores, tales como reducir el comercio campesino sólo a las áreas suburbanas; asimismo se prohibieron las "chinganas", sitios de diversión popular regentados generalmente por mujeres, en los que se expresaba la espontaneidad cultural campesina, pero que afectaban al buen gusto de los patricios que, con medidas como ésta, se proponían "regenerar" al pueblo.

Todos estos impedimentos fueron minando la capacidad empresarial campesina, hasta apagarla; esta empresarialidad campesina que durante algún tiempo, como destaca el autor, había jugado "un rol productivo de importancia en la economía agrícola chilena". El análisis de Salazar se extiende, además, a las relaciones sociales de producción en la minería, al trabajo pre-industrial y a la iniciativa empresarial femenina.

La obra reseñada marca un hito significativo en la renovación de los estudios de historia social en Chile. Conformar una nueva propuesta historiográfica que se encarna en la historicidad del sujeto popular. Ha constituido un estímulo significativo para el desarrollo de nuevas temáticas en la historiografía social del país, tales como los estudios sobre el disciplinamiento laboral, la historia de género, la historia de las poblaciones o barriadas populares. Por ello creemos que es importante que este trabajo de Salazar, que ha alcanzado ya su tercera edición,

sea difundido más allá del ámbito historiográfico chileno.

Santacreu Soler, José Miguel, Peseta y política: Historia de la peseta, 1868-2001. Barcelona, Ariel Historia, 2002, 196 pp.

Por Joaquín Piñeiro Blanca
(Universidad de Cádiz)

En un momento muy oportuno, justamente coincidiendo con la desaparición de muchos de los sistemas monetarios nacionales de la Unión Europea en favor del euro, aparece esta magnífica obra del profesor de la Universidad de Alicante José Miguel Santacreu Soler. En los últimos meses, las librerías más importantes de España han llenado sus estanterías de numerosas publicaciones que tienen como protagonista la peseta, la moneda española desde 1874 hasta 2001. Ellas han discurrido por diversos territorios, desde los recorridos casi biográficos y sentimentales hasta los sabrosos anecdóticos que el tiempo ha podido ir acumulando. Sus autores, en estos casos, han sido prestigiosos economistas, periodistas o abogados, pero pocas se ha planteado una rigurosa historia de esta moneda, como es el caso, gracias al buen oficio de un historiador profesional.

Santacreu continúa en este valioso trabajo con la línea ya iniciada en sus monografías sobre la crisis monetaria española de 1937 y la revolución monetaria española de 1868. En sus amenas páginas el lector encontrará, no sólo una completa historia de la peseta, sino un recorrido por los sucesivos regímenes políticos españoles en estos últimos ciento treinta y cuatro años. *Peseta y Política*, como el propio título de este libro recoge, son dos elementos con una estrecha vinculación que el autor sabe muy bien poner de manifiesto, del mismo modo que el actual proceso de construcción política de la Unión Europea está particularmente relacionado con la entrada en vigor de la moneda única.

Sabido es que para los arqueólogos, las monedas son una fuente de información de primer orden, que suple, no pocas veces, carencias documentales. Ellas hablan de la cultura material, de la ideología y del ejercicio de poder de la civilización a la que pertenecen. Sin embargo, esta especial atención no es tan frecuente entre historiadores dedicados al estudio de épocas más recientes de nuestro pasado, quizás debido a la multiplicación de elementos de análisis a disposición del

investigador. A mi juicio, es un motivo más para celebrar la aparición de un libro de estas características.

La obra está dividida en siete capítulos, organizados cronológicamente y coincidentes con los períodos más importantes del pasado más reciente de España: el Sexenio Revolucionario, la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, la Dictadura Franquista y la monarquía de Juan Carlos I. El último está dedicado a la etapa transitoria de la peseta al euro. En esta completa trayectoria se proporcionan suficientes claves para comprender la función que esta moneda tuvo en la historia de España. Una moneda que, como prueba el autor, no nació de un mero capricho de los gobernantes del Sexenio Revolucionario ni fue, tampoco, un simple efecto de los vaivenes políticos del siglo XIX. Es curioso su nacimiento en un contexto en el que se proyectaba la Unión Monetaria Latina, que no deja de provocar en el lector paralelismos, aún salvando las distancias, con la situación actual.

Con esta obra, el profesor Santacreu logra, de forma brillante, demostrar cómo la peseta fue una pieza esencial en la creación para España de una nueva identidad nacional, en un momento de desorientación tras el inicio de la descomposición del imperio colonial hispánico, y cómo los sucesivos regímenes políticos se sirvieron de este instrumento, no sólo para regular la economía, sino para legitimar y propagar su poder. Esta publicación, por tanto, no es una obra coyuntural nacida al amparo de las circunstancias, sino un elemento de preservación de la memoria de la peseta para la sociedad actual y las generaciones futuras. Y, a mi juicio, aporta interesantes claves para dimensionar parte del proceso actual de implantación del euro como nuestra nueva moneda.